

Byung-Chul Han

El aroma del tiempo

Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse

Traducción de
Paula Kuffer

Herder

Título original: Duft der Zeit. Ein philosophischer Essay zur
Kunst des Verweilens

Traducción: Paula Kuffer

Diseño de la cubierta: Ana Yael Zareceansky

© 2009, transcript Verlag, Bielefeld

© 2015, Herder Editorial, S.L., Barcelona

1ª edición, 11ª impresión, 2021

ISBN: 978-84-254-3392-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Liberdúplex

Depósito legal: B-10.668-2015

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Introducción	9
Des-tiempo	13
Tiempo sin aroma	29
La velocidad de la historia	39
De la época del marchar a la época del zumbido	49
La paradoja del presente	59
Cristal de tiempo aromático	67
El tiempo de los ángeles	77
Reloj aromático: un breve excursio en la China antigua	85
La danza del mundo	91
El olor a madera de roble	103
El aburrimiento profundo	115
<i>Vita contemplativa</i>	123

INTRODUCCIÓN

La crisis temporal de hoy no pasa por la aceleración. La época de la aceleración ya ha quedado atrás. Aquello que en la actualidad experimentamos como aceleración es solo *uno* de los síntomas de la dispersión temporal. La crisis de hoy remite a la disincronía, que conduce a diversas alteraciones temporales y a la parestesia. El tiempo carece de un ritmo ordenador. De ahí que pierda el compás. La disincronía hace que el tiempo, por así decirlo, dé tumbos. El sentimiento de que la vida se acelera, en realidad, viene de la percepción de que el tiempo da tumbos sin rumbo alguno.

La disincronía no es el resultado de una aceleración forzada. La responsable principal de la disincronía es la atomización del tiempo. Y también a esta se debe la sensación de que el tiempo pasa mucho más rápido que antes. La dispersión temporal no permite experimentar ningún tipo de duración. No hay nada que *rija* el tiempo. La vida ya no se enmarca en una estructura ordenada ni se guía por unas coordenadas que generen una duración. Uno también se identifica con la fugacidad y lo efímero. De este modo, uno mismo se convierte en algo radicalmente pasajero. La atomización de la vida supone una atomización de la identidad. Uno solo se tiene a sí mismo, al pequeño yo. En cierto sentido, se sufre una pérdida radical de

espacio, de tiempo, del ser-con (*Mitsein*). La pobreza del mundo es una aparición discrónica. Hace que la gente se encierre en su pequeño cuerpo, que intenta mantener *sano* por todos los medios, porque, de lo contrario, uno se queda sin nada. La salud de su frágil cuerpo sustituye al mundo y a Dios. Nada perdura más allá de la muerte. Hoy en día, morir resulta especialmente difícil. La gente envejece sin hacerse *mayor*.

El presente libro sigue el rastro, histórica y sistemáticamente, de las causas y síntomas de la disincronía. Pero también reflexiona sobre la posibilidad de una recuperación. Si bien se considerarán las heterocronías o las ucronías, el presente estudio no se limita al descubrimiento y la restitución de estos lugares, excepcionales e insólitos, de la duración. Más bien, de un modo prospectivo, se prestará atención mediante una mirada histórica a la necesidad de que la vida, incluso en su expresión más cotidiana, debe adoptar otra forma, a fin de evitar cualquier época de crisis. No se trata de lamentar la pérdida de la época de la narración. El final de la narración, el final de la historia, no tiene por qué traer consigo un vacío temporal. Al contrario, da lugar a la posibilidad de una vida que no necesita la teología ni la teleología, y que, a pesar de ello, tiene su propio aroma. Pero requiere una revitalización de la *vita contemplativa*.

La crisis actual no está menos vinculada a la absolutización de la *vita activa*. Esta conduce a un *imperativo del trabajo*, que degrada a la persona a *animal laborans*. La *hiperkinesia* cotidiana arrebatada

a la vida humana cualquier elemento contemplativo, cualquier capacidad para demorarse. Supone la pérdida del mundo y del tiempo. Las llamadas estrategias de desaceleración no son capaces de acabar con la crisis temporal contemporánea. En realidad, no hacen más que esconder el verdadero problema. Es necesaria una revitalización de la *vita contemplativa*. La crisis temporal solo se superará en el momento en que la *vita activa*, en plena crisis, acoja de nuevo la *vita contemplativa* en su seno.

DES-TIEMPO

*Para que en el vacilante intervalo,
para que en lo oscuro haya algo aferrable.*

FRIEDRICH HÖLDERLIN

El «último hombre» de Nietzsche es de una actualidad asombrosa. La «salud», que hoy se erige en valor absoluto, en religión, ya era objeto de «respeto» para el último hombre.¹ Y, además, es un hedonista. Tiene su «pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche». El sentimiento y la nostalgia alejan el deseo y el placer: «¿Qué es el amor? ¿Qué es la creación? ¿Qué es el anhelo? ¿Qué son las estrellas? —pregunta el último hombre y parpadea». Al final, la vida, larga y sana, pero aburrida, le resultará insoportable. Por eso toma drogas, que lo llevarán a la muerte: «Un poco de veneno de vez en cuando para tener sueños agradables. Y mucho veneno al final, para tener una muerte agradable». Es una paradoja que su vida, que tanto intenta alargar a través de una rigurosa política de salud, acabe prematuramente. Ex-pira (*ver-endet*) a destiempo en lugar de *morir*.

¹ F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1981, p. 39.